

APLAUSOS MANUAL PARA FAQUIRES

Por muchas bocas y muchos oídos pasó, antes de que ahora os la cuente, la historia de este fakir, pobre en país de pobres que, cierta mañana, teñidas las calles de su ciudad por los azafranes, púrpuras y oros de paganas verbenas, advirtió que, a pesar de sus plegarias a prolijos panteones, la sequía de monedas continuaba, tenaz, en el pelado valle de arcilla mal cocida que era su cuenco de limosnas.

Aquél receso en las dádivas, ignorado al principio por el protagonista de nuestra historia, habituado a continuas y estoicas precariedades, empezó a ser motivo de seria preocupación, pasados varios soles y varias lunas más de, aún, más hambre.

Acuciado por el tigre furioso de su vientre, cayó en la cuenta de que el repertorio de habilidades que, desde hacía más de siete deslustrados lustros ofrecía a la curiosidad peatonal, apenas había pasado de un exangüe y repetitivo acervo. Renovado ahora su empeño por la urgencia, se impuso la tarea de encontrar ese inédito y mágico "más difícil todavía" con que sueñan los funámbulos. Esperando ver resucitada su inventiva por esa repentina lucidez de los que temen extinguirse de un momento a otro, trató, por todos los medios, de idear un nuevo y espectacular giro en sus solturas con el que, fascinador, volver a encandilar a ese esquivo ojo oriental, ávido siempre de lo extraordinario.

Todo fue en vano. El público, a pesar de los esfuerzos reiterados de nuestro avejentado artista, no halló razones suficientes en sus desesperados intentos, en sus seniles contorsiones, para dejar caer, siquiera, unas migajas de atención ni, cuanto menos, otorgar unas míseras rupias que, en aquél tiempo, brillaban con el británico perfil de la reina Victoria.

Fuera quizá por haberse hecho pasar, según temporada, unos meses por musulmán, otros por sij, otros por cristiano ecuménico, y otros por mazdeísta, buscando beneficios más bien pecuniarios que espirituales; fuera quizá por el hecho de que muchos en la ciudad conocían a su

madre... pero de su padre nadie podía dar noticia, lo cierto es que todas las escuelas que prodigaban el milenario arte por el que, ya desde niño, sentía vocación, o bien se negaban a aceptarlo, o bien lo regresaban al poco de su ingreso, junto al polvo y las bostas de sagradas vacas que habitaban las calzadas, aduciendo la ausencia de todo atisbo de disciplina, así como de obligado respeto a sus tutores, que el joven manifestaba.

Fue por necesidad, y un fatídico karma, que nuestro fakir, desde el comienzo, habría de convertirse en lo que llamamos un autodidacta.

Puesto que su firme determinación de no tocar arado, libro de cuentas o instrumento de labor ninguno mientras viviese, no le impedía, sin embargo, mostrar un férreo tesón en otras actividades, llegado el tiempo, logró imitar las sorprendentes facultades que muchos de los maestros yogis de su época, versados en la ciencia del cuerpo y del espíritu, exhibían como muestra de la perfección y profundidad de su sabiduría.

Aunque, si bien de ejecutorias similares a las de éstos, habría que decir que las capacidades reales de nuestro fakir, por el contrario, sobre el control de sus reflejos, pasiones y apetitos, digamos, más básicos, resultaba por comparación bastante limitado.

En lo referente al gobierno de sus propias tripas, aunque habituado a lo frugal, estaba, como podíamos estarlo cualquiera de nosotros, atado a las mismas y zoológicas leyes de la fisiología humana.

Aceptando entonces que aquellos eran los últimos pasos de su atribulada carrera, cayó finalmente en la cuenta de que los antiguos trucos, las abracadabras que habían hecho las delicias de lo lugareños en el pasado (subir por cuerdas que se sostenían solas, dormir sobre una tabla claveteada, o escupir fuego), no eran ya, estaba claro, atracciones sino para los niños o los anormales. O quizá para algún que otro europeo despistado.

Comprendiendo que todo estaba ya perdido, agotados todos sus recursos y negada, obviamente, la ayuda por parte de sus compañeros de gremio, decidió disponer sus pertrechos, que eran, sin contar la brisa y las estrellas

del cielo, en verdad, bien pocos, antes de partir rumbo a la ciudad santa de Benarés, que a pocas jornadas de allí asentaba sus cimientos antiguos.

Albergaba, con esta definitiva peregrinación, la esperanza de que su alma abandonara, por fin libre, aquella mísera existencia de cíclicos sufrimientos a la que parecía condenado, puesto que, en la vida presente, su cuerpo los había padecido todos, o eso creía.

La suerte, o la desgracia definitiva según se verá, llegaron para nuestro fakir en el camino.

Apretado el paso, sudorosos los sucios rostros, varios hombres, cargados con una inusual mercancía, (muebles *chippendale* llevados a cuatro brazos, bronceíneas *golf cups*, relojes de pared a imagen del Big Ben, y voces quebradas que increpaban a los rezagados de aquella tempestuosa caravana) cruzaron en desordenado tropel, arrollando casi a nuestro peregrino, para desaparecer al instante, cual jauría de perros, sobre las espaldas de la vereda que reptaba entre la jungla.

Calmado su cansado corazón tras la repentina tromba humana, no tuvo más que seguir la larga hilera de asas quebradas, pucheros abollados, y pequeños amercillos de alas quebradas, Apolos mancos, cojos y pisoteados, para llegar a las inmediaciones de una apartada mansión colonial, todo rosados mármoles y coqueterías de arquitecto, de cuya violación, pensó, habrían salido todos aquellos tesoros robados.

Esperó escondido tras de un seto algunos instantes, sólo para cerciorarse de que nadie, ni un alma, había quedado allí con vida. Atravesando un pisoteado campo de cricket en el que yacían, entre cristales rotos y daguerrotipos franceses, los cuerpos amoratados a palos, inertes, de un mayordomo, varias criadas y un capitán de marina, se aproximó, sigiloso, hacia la entrada a las cocinas, en previsión de, quizá, encontrar algo con lo que poder colmar una voracidad que, durante semanas, había sido apenas aliviada con oraciones, tierra de camino y agua sucia.

Por desgracia el asalto, monzón de fuego y rabia, no dejó sino un caos de astillas y rescoldos que, esparcidos por doquier, resultaba del todo

inservible. No tenía sentido recoger cenizas cuando, muy pronto, su cuerpo no sería más que eso.

Sin detenerse en más prospecciones, reanudó entonces su camino, no fuera a ser que una patrulla de Su Graciosa Majestad le encontrara husmeando por allí en mala hora y deci-diera ofrecer su cabeza, manos y pellejo incluido, para escarmiento de las turbas de aquél pueblo bárbaro y antihigiénico. Al cuidado de su discreción estaba, cuando el cayado en el que apoyaba sus pasos, con eco distraído, topó con un contorno inesperado.

Allí, las páginas abiertas, el lomo descansando sobre el césped, como una Venus tumbada en su diván, reclamó su atención un libro.

El infeliz fakir no podía saberlo, pero, entre aquellos cadáveres, había uno titulado: Doctor en Medicina, nada menos, de cuya biblioteca, y según informes posteriores del departamento policía, salieron al vuelo, como palomas asustadas por las violencias que allí se cometieron, cerca de doscientos ocho volúmenes, que se dispersaron entre matorrales y conejeras.

Hojeó, pues, unos instantes aquellas páginas halladas, ennegrecidas y limadas por la mordedura de las llamas, sin, al principio demasiada curiosidad, con ese desdén de doble filo que hacia todo lo extranjero muestran por inercia los asiáticos.

A la vista de lo que, parecía, elucidaban sus grabados, poco a poco su interés fue en aumento hasta que éste, finalmente, fue presa de una espiral de euforia.

Sobre el suelo, apoyado en sus escuálidas posaderas, y ya lejos del escenario del crimen, apenas podía creer lo que estaba viendo. Entre las hojas de lo que, en apariencia, era un vulgar volumen de anatomía humana, ilustrado, eso sí, con profusión y pulcritud, se le reveló, de esta forma, un gran secreto oculto bajo piel y carne: Que el cuerpo de un hombre, sí, aquí, en estas láminas se detallaba todo con galena precisión, estaba ocupado por huecos, tan sólo habitados por el aire. Zonas

estancas, ciegas e insensibles que, con un poco de pericia, podían, casi se diría que pedían, ser atravesadas sin provocar dolor alguno.

El campo yermo, calcinado, que tenía arado en el rostro se le iluminó de repente. Sólo había que dar con aquellas oquedades que esperaban ser traspasadas.

Cerró el libro y besó su cubierta. Había encontrado, estaba claro, un jodido manual para fakires.

Recuperado de nuevo por el entusiasmo, pasó días y pasó noches oculto en la jungla, estudiando con aplicación las detalladas estampas del volumen (otra cosa no podía hacer, ya que nunca creyó de utilidad el estudio de letras e idioma alguno) y dedicado, con parte del material quirúrgico que pudo salvar del fenecido matasanos inglés, a aquella tarea de atravesarse en busca de la nada, vecina bajo su piel de la que, hasta aquél entonces, nada había sospechado.

Puedes suponer tantos errores como tu imaginación y tu sadismo te permita, pero al final los encontró todos, tal y como se afirmaba en el providencial tratado.

Su primera intervención en público, en una plaza con mercado, fue todo un éxito.

El animal de la fama, al poco, creció tónico y garañón a su alrededor. Su nombre era pólvora en los labios de un público que, seducido, asistía a su espectáculo, todo hay que decirlo, cada vez más vistoso y alambicado.

Desde el leproso al más refinado burócrata, todos en la región y en las colindantes, querían ver como, entre el límite de lo humano, lo divino, y la casquería, nuestro fakir se perforaba con toda clase de punzantes instrumentos.

Y junto a la fama, la fortuna también le sonrió... aunque fuera con algún diente de menos.

El dinero, en lugar de la sangre, parecía empezar a manar de aquellas heridas que no sanaban, pero que tampoco causaban muerte. Histrión de

dolores, mártir callejero, se pregonó por todas las fondas, oficinas y pasajes la nueva de este aclamado dispensador de prodigios para la mirada, desorbitada, alucinada, hambrienta, de un público siempre creciente.

Ofreciendo a la vista lo imposible de sus mutilaciones, como una pícara muchacha que ofreciese, a cien impacientes pretendientes, su virgo imposible una noche tras otra, el exitoso fakir ganó así, en especias y prebendas, el favor y la complacencia de influyentes y morbosas señorías.

Funcionarios imperiales e intelectuales del opio y la nuez moscada empezaban ya a relatar, vía postal y cablegráfica a sus colegas de la metrópoli, las increíbles proezas anatómicas, los notables portentos, a los que, asiduos, asistían casi a diario.

Como el oro es la llave que abre todas las puertas, nuestro fakir, ya aprendiz del agua de lavanda, pupilo aventajado del *bridge* y reverencial oyente de los dogmas de Da-vid Ricardo, adquirió, también, el lote entero de costumbres occidentales que se precisaban para alternar con lo más selecto de la Sociedad. Aquella que formaban esos nuevos dueños, llegados de Ultramar.

Recorriendo los *parquets* de todos y cada uno de los elegantes salones donde se impartían aquellas magistraturas, el ahora aspirante a *dandy* de rizo y piel oscura, podía jurar que, entre los visillos y las cortinas bordadas de aquellas estancias, quedaba siempre en el aire, flotando bajo la densa fumata de los puros, como un olor a pólvora y a sangre.

Fue en uno de aquellos gabinetes decadentes, somnolientos de odas pastoriles y prosaicas tertulias de prestamista, arrullado por las suavidades de licores escoceses, donde nuestro hombre de los prodigios fue testigo otra asombrosa revelación.

El descubrimiento de la hipocresía, marea soterrada de secretos que fluctuaba tras las estiradas formalidades, las rígidas casacas y los crujientes paños de decorosos vestidos, discreta tras aquellas forzosas formalidades de *ladies and gentlemen*, se le mostró bajo el funcionamiento de un incesante ir y venir de pequeños billetes con elegantes trazos de cali-

grafía, en un río libidinoso de medias voces y miradas distraídas, seguidas de gestos imperceptibles como éter destilado.

Una capilla de puritanas y omnipresentes matronas metodistas, lutos casi centenarios y escarapelas del *Salvation Army*, vigilaba la decencia y el buen gusto de aquellos encuentros sociales, arbitaban sobre lo que era adecuado lucir en tocados y escotes, y refrenaban, con estentóreas toses, toda tentativa de estrechos roces mientras se danzaban mazurcas y valeses perfectamente cronometrados.

Era a la espalda, pero bajo el claro consentimiento de aquellas comadres, gazmoñas de papel pintado, como acontecía el caudal de aquél silencioso y constante comercio, que se veía espolcado por el mismo mecanismo del artificio y la farsa. Si uno sabía encontrar la oportunidad, podían concertarse toda clase de secretas citas y practicar, si la urgencia era proclive a ello, tras un inocente paseo entre columnas jónicas y palmeras, el sexo clandestino en las recámaras.

En uno de estos distinguidos corrales, y tras varios intentos frustrados, tuvo el valor de pedir, formalmente, la mano de una de sus más rubias e ingratas cortesanas de orgía y clase de piano los viernes a la tarde, de la que se confesaba enamorado, y a la que todavía, más por el desdén de ella que por otra cosa, no había tenido ocasión de tentar.

Lo que nuestro viejo y próspero fakir pretendía de la moza, no era pasar unas cuantas horas de revuelque venial, sino una instancia para compartir, pues sentía ya el apremio de la edad provecta, la poca vida que quisieran Jehová o Shiva otorgarle, en adelante, en compañía de la bella.

Un brillante rubí coronando un anillo en oro de Jaipur con labrado de orfebre pari-sino, una corona de plata y perlas de lunares reflejos digna de una princesa bizantina, todo un bazar de lujosas y exóticas telas y cinco soberbios caballos persas que hicieron pasar sendos pajes, vestidos a la manera de los que usaban los rajás, entre las mesas de caoba de la señorial estancia del club, bastaron para cambiar en sonrisas y reverencias, cordiales, blandas y sumisas, lo que en principio pintaba en bastos desde

los rostros, ya fundiéndose en saludos, de la señora y el señor juez de instrucción del distrito, masón para más señas, autores de los días de aquella primavera flor. Convencidos de la igualdad y fraternidad de todas las razas del orbe, eso sí, dentro de un orden, no opusieron resistencia alguna a ceder a su niña en casamiento, en vista de la probada *decencia* en quilates del señor fakir, todo un artista, faltaría más, con Dios quede y tu calladita, que estás más mona.

Intentando redimir con oropeles la pobreza que había sufrido en sus huesos y tantos años, el fakir dispuso, con ayuda complaciente de los suegros, yernos y cuñados, de una fiesta de casamiento sincrético, por todo lo alto, en el decimonónico palacete que, con el parné ganado en privados y públicos trabajos de perforación íntima, había comprado de un arruinado desconocido, perdedor ocasional en descenso por la incesante rueda de la existencia.

Tras una ceremonia perfecta, llovieron pétalos de rosas sobre sus cabezas y el vino perfumado, los dorados brandys, las finas hierbas en jugosos asados, *soma* y ambrosía, fueron melodiosas músicas de aromas y sabores que se fundían, en sabrosa mixtura, con los aires triunfales de la orquesta.

Creyendo ser ascendido a un estadio superior de la materia, como si sus vísceras fuesen ahora metales preciosos, nuestro fakir se sentía tocado por la gracia divina.

Y aún, como indicaban los guiños lúbricos de entusiasmados invitados, quedaba la noche de bodas.

Desabrochando en la alcoba, aturullado por el exceso de aguardientes y picantes especias, y algo impaciente, quizá, por una súbita adolescencia de sexagenario, los botones de su chaqué como de director de pista de circo para ricos, sintió como, aún sin que esta di-era nada, su joven y blanca esposa, se agitaba inquieta en el lecho.

Achacándolo a la falta de experiencia en estas lides, pues, aunque ya catada por exquisitos sibaritas, casarse daba a aquellos tratos un aire

como de cosa menos profana, nuestro anciano novio acabó de desvestirse al abrigo autocomplaciente de una sonrisa púrpura.

Cual no fue su sorpresa cuando, en el momento en que sus calzones caían al suelo, y su huesuda mano alcanzaba el edredón, un chillido hembra reventaba en la garganta de su esposa. A la media luz naranja, tibia, de las velas, aquél lamento vibró con timbres claustrofóbicos, como si fuera dado desde el interior de un ataúd en llamas.

El fakir intentó calmar a la joven de la mejor forma que pudo, sumido como estaba en el pánico desconcierto que se siguió a aquellos alaridos, pero, como quiera que éste no sabía cómo, ni se imaginaba el porqué de aquella explosión de gritos, acercándose más a ella, intentando abrazarla, no hizo sino, aún, hacer más intensos sus alaridos de terror, que ya rayaban, líricos, maníacos y terribles, los frágiles vidrios del delirio.

Atónito, nuestro fakir observa impotente cómo la muchacha, agresora en su ciego intento por defenderse de alguna amenaza que no acaba de comprender, saltando desde la cama, se arrincona y comienza a arañarse los ojos, finas manos de pianista convertidas en garras, como queriendo no querer ver más con ellos.

Cuando aquél adivinó el motivo de la insólita perturbación, ya era demasiado tarde. Su esposa había enloquecido de horror, quizá ya irremediablemente, ante la visión de su añejo cuerpo llagado, agujereado hasta la deformidad.

Presas de una vergüenza en nupcias con la ira, del dolor que ya no sentía en su cuerpo y que desaguaba torrencial en su mente, nuestro fakir tiembla, retrocede unos pasos. Siente el frío y el calor de una candente fiebre. Comprende. No puede cargar con la culpa que se cierne sobre su sombra. Busca con la mirada el cofre donde guarda sus herramientas de trabajo y, acto seguido, agarra una de sus más afiladas y largas dagas. La hoja entra, puntual, entre la tercera y la cuarta costilla.

Quedó estupefacto, boqueando como un pez seco, sentado en el suelo.
El manual, después de todo, estaba incompleto. Había encontrado un
último hueco. El hueco íntimo, en desalajo, del corazón desdichado.

JÓVENES/ARTISTAS
CASTILLA-LA MANCHA
CERTAMEN
FOTOGRAFÍA
ARTES/PLÁSTICAS
CÓMIC-ILUSTRACIÓN **2MIL7**

